

Irene Vallejo

MANIFIESTO
POR LA LECTURA

 Siruela

Introducción

Un Pacto por el Libro y la Lectura debe estar motivado por la aspiración de conseguir que los ciudadanos encuentren tanto sentido a leer como para que la lectura sea una experiencia frecuente en sus vidas. Las medidas y los programas vendrán siempre después de persuadir sobre el significado de la experiencia lectora. Para los editores los valores de la lectura son universales y eternos y queríamos reivindicarlos de forma pública en una suerte de «manifiesto», donde defender y difundir las razones por las cuales creemos en

los libros. Esa declaración debería nutrir la visión del Pacto que proponemos a nuestros políticos.

Estábamos en ese punto cuando irrumpió una humanista zaragozana hablando con magia, con sosiego y con convicción de escritura, de narraciones y de libros. Y lo hacía en tiempos de economía de la atención y de abundancia digital, de velocidad e inmediatez, de impaciencia y distracciones. No tuvimos ninguna duda de quién nos gustaría que se hiciese cargo del manuscrito del *Manifiesto*. El día 12 de febrero poco costó convencerla, porque su amor por ese invento que es el libro está impreso en su genética y narrado en su biografía. Además de aceptar el encargo con entusiasmo, añadió algo que pocos pueden hacer: regalarnos la sensibilidad, la elegancia, la cercanía, el reposo, la be-

lleza y la erudición que imprime a su relato. No nos queda más que estar por siempre agradecidos a Irene por poner voz a nuestro empeño de convencer sobre el poder de los libros. No lo podría haber hecho mejor: con calma y concordia.

Gracias también a aquellos que nos señalaron su potencial y que nos hicieron tan fácil el encuentro. Gracias, Ofelia Grande y Juan Cruz.

MIGUEL BARRERO MAJÁN,
presidente de la Federación de
Gremios de Editores de España

**MANIFIESTO
POR LA LECTURA**

Caligrafías del cuidado

Quisiera consignar un milagro trivial, del que uno no se da cuenta hasta después que ha pasado: el descubrimiento de la lectura. El día en que los veintiséis signos del alfabeto dejan de ser trazos incomprensibles en fila sobre un fondo blanco, arbitrariamente agrupados, y se convierten en una puerta de entrada que da a otros siglos, a otros países, a multitud de seres más numerosos de los que veremos en toda nuestra vida, a veces a una idea que cambiará las nuestras, a una noción que nos hará un poco mejores o, al menos, un poco menos ignorantes que ayer.

MARGUERITE DE YOURCENAR,

¿Qué? La eternidad

A los libros se llega como a las islas mágicas de los cuentos, no porque alguien nos lleve de la mano, sino simplemente porque nos salen al paso. Eso es leer, llegar inesperadamente a un lugar nuevo. Un lugar que, como una isla perdida, no sabíamos que pudiera existir, y en el que tampoco podemos prever lo que nos aguarda. Un lugar en el que debemos entrar en silencio, con los ojos muy abiertos, como suelen hacer los niños cuando se adentran en una casa abandonada.

GUSTAVO MARTÍN GARZO,

Elogio de la fragilidad

I

Frágiles

Había una vez una mujer sola en un territorio peligroso. Menuda y delgada, cada noche debía enfrentarse a una temible amenaza. Pero, en los cuentos, los pequeños, los débiles, los frágiles poseen siempre un talismán salvador. Ella conocía un sortilegio infalible: era capaz de levantar a su alrededor un muro de aire para defenderse. Los sillares de esa muralla invisible eran las palabras. Cuando una historia brotaba de sus labios, la gente se detenía a escuchar, con la mirada fija, como en trance, olvidando sus quehaceres, sus angustias y su ira.

Sus fábulas eran, para todos, un refugio frente al acecho del peligro. Es fácil reconocer en ella a la persuasiva Sherezade, pero también a la protagonista de una leyenda nacida en la tradición oral francesa, «La madre de los cuentos», donde una joven aprendía el arte de narrar escuchando el susurro del viento entre los árboles. Al regresar a casa con el baje de las historias aprendidas de los álamos, de las hayas y de los robles, el embrujo de su voz lograba enmudecer la vara con que, día tras día, la golpeaban. La mitología griega nos habló de Odiseo, el zarandeado y luchador héroe homérico, que recurría a astutos relatos para salvar la vida. También de los versos y los cantos mágicos de Orfeo, que encandilaban a los animales y vencieron a la muerte.

En la ceremonia del Premio Cervantes, Ana María Matute afirmó: «La literatura ha

sido, y es, el faro salvador de muchas de mis tormentas». En esta confidencia vibran los ecos de una larga andadura de nuestras letras. Ya el *Cantar de mio Cid* alude a una niña que salvó a su pueblo con la belleza de sus palabras; siglos después, Manuel Machado dedicaría un poema a esa chiquilla tejedora de discursos:

*Una voz de plata
y de cristal responde... Hay una niña
muy débil y muy blanca
en el umbral.*

Patronio se negaba a dar consejos al conde Lucanor, pero le contaba sabias fábulas para alumbrar su camino. Lázaro de Tormes, nuestro lazarillo, advierte al comienzo de su historia: «Yo oro ni plata no te lo puedo dar».

Pero, añade, mis cuentos son «avisos para vivir». En el *Quijote*, la pastora Marcela defiende su libertad por medio de una vibrante narración. Nuestros clásicos nos confían una y otra vez el mismo mensaje con distintas voces: los relatos nos ayudan a sobrevivir. Las palabras son un hechizo cargado de futuro.

Somos una especie frágil, particularmente frágil: ni muy fuerte, ni demasiado rápida ni especialmente resistente al hambre, la sed, el calor o el frío. No estamos adaptados al vuelo o la vida bajo el agua. Nacemos completamente indefensos y nuestra infancia es más prolongada que la de ningún otro animal. Hasta un virus minúsculo nos pone en peligro. Sin embargo, la brisa de una cualidad asombrosa nos ha impulsado hacia un desarrollo inesperado, hacia un imprevisible progreso. Esa facultad es nuestra imaginación,

que, aliada con el lenguaje, nos permite soñar lo inconcebible, colaborar y fortalecernos unas a otros. Somos la única especie que explica el mundo con historias, que las desea, las añora y las usa para sanar.

Nuestra auténtica fortaleza es creativa. Gracias a la imaginación, hemos inventado el mito de Ícaro y los aviones, el Nautilus y los submarinos, los viajes estelares de Luciano y el Apolo XI. Si los humanos no hubiéramos fabulado con tierras soñadas como El Dorado o con seres mitológicos como las sirenas, no habríamos podido explorar territorios desconocidos ni llegar a la luna, alumbrar la teoría de la relatividad, el automóvil o el ordenador. Lo imposible debe ser soñado primero, para algún día hacerlo realidad.